

EL MILAGRO POLITICO DE LAS COMPUTADORAS

ALFONSO DE COSSIO

LAS computadoras electrónicas se han manifestado extraordinariamente lentas en el arte de la suma, pero muy eficaces y acertadas en la distribución de los escaños parlamentarios, hasta el extremo de que el programa del presidente Suárez ha podido realizarse en su plenitud una vez más: se diría que el ángel de la guarda que, para bien de todos, le protege ha logrado conmovir el corazón de la máquina, animándola a producir una obra que ha tenido la virtud de contentar al mismo tiempo al Gobierno y a la oposición. Un Parlamento integrado por dos grandes bloques, con la presencia testimonial del PC y de AP, que pueden así, sin mayor responsabilidad, velar sus armas en espera del día de los fracasos, si es que alguna vez, lo que Dios no quiera, amanece tal día. ¿Qué más queremos?

ACABAMOS de articular, según parece, una democracia inspirada en el modelo nórdico, que es el más civilizado de todos los modelos políticos, asegurando de este modo cuatro años de estabilidad y buen gobierno, durante los cuales hay tiempo más que suficiente para elaborar una Constitución política, una reforma económica "en profundidad", un plan nuevo de enseñanza, un régimen de amparo a los minusválidos, los ancianos y demás marginados, una reorganización de nuestro sistema sanitario y de nuestra Seguridad Social, una eliminación de la corrupción administrativa, y, si tenemos suerte, hasta una ley de divorcio vincular, que permita tranquilizar sus conciencias a quienes hayan perdido el miedo al pecado mortal...

ANTE tan esperanzador panorama, y sin el menor deseo de aguar esta fiesta jubilosa de la democracia, se me ocurre tan sólo preguntarme, si estas dos formaciones de tan heterogéneo contenido conseguirán, como todos deseamos, consolidar su unidad frente a un electorado que al votar, no debemos olvidarlo, no votó ideologías, sino tendencias, y, me atrevería a decir que soluciones pragmáticas, buscando los préstamos y ayudas exteriores que nos permitan superar la crisis económica por la que atravesamos, la entrada triunfal en la comunidad europea que ambos grupos nos ofrecen.

TODO el mundo conoce la disparidad de procedencias de los integrantes del UDC, en cuya pista de aterrizaje rindieron el fin de su cruceo hombres que

procedían desde el neofranquismo hasta socialdemocracia, pasando por demócratas cristianos y liberales. Ciertamente que el poder no sólo ejerce una extraordinaria capacidad de convocatoria, sino que dispone además de medios de convicción sumamente eficaces para llevar a cabo la conversión de los esesios; pero no se debe olvidar el peligro disgregador de las lógicas decepciones, en un banquete en que son muchos los llamados y muy pocos los escogidos, y los riesgos que para toda empresa política acarrea la fragilidad humana.

EL problema del PSOE es un problema muy diferente, porque no se trata de una efímera y artificiosa alianza electoral que haya tenido que esperar el momento de la victoria para definirse, sino de un auténtico partido de larga tradición, que ha sido capaz de resurgir, como el Ave Fénix, de sus propias cenizas, en un admirable acto de juventud. El peligro radica, por lo tanto, en un plano muy distinto: se trata de un partido de antigua historia marxista, cuyos dirigentes, puedo asegurarlo, han permanecido fieles hasta ahora a la herencia que, en los años de clandestinidad, asumiendo graves riesgos, les entregaron sus mayores. Pero muchos de sus recientes afiliados, y, sobre todo, la mayor parte de sus electores, se desenvuelven ideológicamente en el fácil campo de la social democracia. ¿Podrán, cuando entren en colisión con otros grupos marxistas, salvarse de esta contradicción interna? Por otra parte, los partidos extranjeros que les vienen estimulando, ¿no condicionarán sus concesiones a la aceptación de una política muy distinta de la que propugnara Pablo Iglesias?

EN la dinámica de nuestra sociedad, nos encontramos con una extraña paradoja: la continua discrepancia existente entre el voto parlamentario y el voto sindical. Los españoles, a la hora de elegir sus representantes políticos, han preferido votar a quienes han creído que podían asegurarles mejor la permanencia de sus actuales niveles de vida, con el aval de sus homólogos extranjeros, pero, ¿qué ocurrirá si las medidas económicas que han de adoptarse en plazo necesariamente breve no consiguen mantener el debido equilibrio entre los salarios y el coste cada día creciente de la vida? ¿Podrán entonces los partidos vencedores controlar el voto sindical y proletario? Y si las medidas adoptadas

llevan aparejada una transformación, más o menos profunda de nuestras estructuras económicas, ¿cómo soportarán las clases burguesas que en un momento les otorgaron su confianza tan inesperadas consecuencias?

NO debe olvidarse que la democracia ha sido posible en España, primero por la lucha generosa de los partidos proletarios, sin la cual nada habría aquí cambiado, y, después por la moderación que con su autoridad fueron capaces de imponer a las masas integradas en sus sindicales, evitando que éstas contestaran con la violencia a las provocaciones constantes de que eran objeto. ¿Podrán en un intento común ambos grupos parlamentarios ganadores mantener en lo sucesivo esa autoridad? Tal es el problema más grave ante el que cualquier Gobierno que llegue a formarse se va a encontrar.

ES evidente que en el mundo moderno, la radicalización se ha venido produciendo, fundamentalmente a través de dos instrumentos de presión: la Universidad y los Sindicatos, ahora adormecidos, pero prontos a despertar en cualquier momento, sobre todo si el inmediato quehacer del Parlamento viene a convertirse en un más o menos brillante floreo de especulaciones abstractas de corte decimonónico, y no afronta desde el primer día la solución radical de los problemas, mucho más urgentes que los de carácter constitucional, que suscita nuestra vida económica y universitaria. Naturalmente que ello no es empresa fácil, pero no por ello debe dejar de ser afrontada radicalmente: sería de desear que nuestro Parlamento, hoy que la Medicina se practica en equipo, fuese el cirujano de hierro por el que clamaba, en circunstancias análogas, nuestro Joaquín Costa.

RESBALAR sobre los problemas, aplazar su solución definitiva de un día para otro, confiar en la Providencia y en el milagro, ha sido, desde hace siglos, la gran enfermedad española. Hoy que la representación de nuestro pueblo ha sido confiada, sobre todo, a hombres jóvenes, tenemos derecho a exigir de ellos una actuación acorde con esa juventud, porque si ello no fuera así, este ambiente de fiesta en el que desde hace unos días vivimos pudiera hacernos despertar muy pronto en el luto y en la desesperanza. ■